

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUOIGALPA: 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1902

NUM. 27

Cuentos crueles

En la sombra profunda

I

La mísera criatura conocía el poder del extraño veneno. Dos horas bastaban para que el terrible tósigo destruyera el más vigoroso organismo; así, lentamente, sin el más leve dolor, con una sensación dulce y ligera, con débiles espasmos... Sin un grito, sin una queja, descendíase —como por una pendiente de seda— hacia la sombra profunda...

Contempló largo rato el pequeño pomo de cristal azulado, en cuyo fondo se hallaba la muerte.

El líquido tenía el matiz del absinthio, y al colarlo contra la luz daba un fulgor metálico, como el de una diabólica pupila abierta en la tiniebla.

—Tiene el color de la esperanza—pensó la desdichada.

Y una sonrisa de amarga ironía contrajo su boca encendida.

Enervada por la inmovilidad en que había permanecido durante varias horas, se levantó del sofá, y frente al gran espejo biselado de su tocador, se esperezó voluptuosamente. Su talle largo y elegante se arqueó en una graciosa curva; sus redondos brazos desnudos se levantaron sobre su cabeza, y ondearon agitados y revueltos sus cabellos castanos. Con el rostro ligeramente sonrosado, en el que los claros ojos tenían un brillo de acero, se miró un minuto en aquella actitud, grácil y aérea, como una garza nevada que se dispone á volar. Había una intensa gracia felina en aquel cuerpo, maravilloso de belleza y vibrante de juventud. Tenía las formas ágiles y puras de esas antiguas imágenes virginales inmortalizadas por el mágico pincel de Gustavo Moreau. Bajo el corpiño de seda violeta temblaba su corazón pequeño y delicado, como un pajarillo prisionero. Allí, bajo los leves encajes y las blondas trémulas, sus senos floridos eran dos fabulosas copas, dignas de los labios de un dios. Y la línea triunfal de sus cadéras hacía evocar el recuerdo de los legendarios mármoles florentinos, en donde el arte genial cinceló la imagen estupenda y absoluta de la belleza humana.

II

Eulalia gozó dolorosamente de la contemplación de su figura encantadora. Era su postrera coquetería de mujer refinada que—á pesar de su aleve destino—se reconoce bella y poderosa bajo

el encanto de la juventud. Era el último adiós que sus bellas pupilas daban á la brillante luna veneciana donde tantas veces vió su lindo rostro soureir de felicidad! Donde, en horas de ventura, pensando en el amado, ella contempló con orgullo su cuello columbino, sus hombros perfectos, su cabellera opulenta, sus brazos mórbidos y largos, hechos para enlazar amorosamente...! En una ocasión ella se había mirado toda desnuda; y era un gran lirio blanco lleno de fragancias embriagadoras; una flor de prodigio y de voluptuosidad, pecaminosamente abierta para el placer y la gloria de un hombre!

¿Y aquel hombre, hondamente querido, amado con toda la sangre y con todo el espíritu, fué á encontrar—después de un año de matrimonio—el tedio irremediable entre sus brazos?... Ella pudo ver cómo el amor se extinguió en el alma del ingrato, y cómo una niebla de hastio glacial cayó como un sudario sobre el cadáver de su dicha...

Con impasible máscara él había ocultado su indiferencia, hasta el día funesto en que el acaso descubrió la pérdida de su conducta. Engañábala ahora, villanamente, con una de sus mejores amigas... El golpe fué tremendo, en mitad del corazón... Pasada la primera crisis de dolor, sintió asco por todas las cosas de la vida y decidió morir...

III

—Mañana que ya duerma en el sepulcro—se dijo—¿qué hará él de mi recuerdo? ¿En qué recóndito lugar de su ser podrá hundir mi memoria? Ella le perseguirá como una sombra doliente, y jamás volverá á gozar de ninguna alegría pura sobre la tierra. Aunque lo desee, será imposible que me olvide. Le he amado demasiado, he sido demasiado suya, para que pueda olvidar nuestras noches deliciosas, en que yo dormía feliz sobre su corazón...

Asomada á la ventana, vió aparecer las primeras estrellas en el cielo profundo. Era una noche sin luna, llena de tristeza y de silencio.

La joven se anegó en el misterio de aquellos instantes solemnes y pensó en la vida futura. Dentro de algunas horas conocería el hondo secreto de la tumba. ¿Qué iba á encontrar detrás de su puerta tenebrosa? Presa de una grave emoción, vióse inmóvil y rígida dentro del mausoleo de piedra, en la necrópolis desierta, poblada de cruces y de saucos. Veíase en el lóbrego abismo, durmiendo bajo la fría luz de la luna, al rumor de los vientos de la noche. Veíase para siempre perdida en la ciudad fune-

raria, transformada su bella figura en una amarilla osamenta, después que los gusanos devoraran sus carnes mórvidas; después que los viles gusanos del sepulcro se hartaran de su cuerpo florido, de sus ojos alucinadores, de su boca escarlata, de todas sus gráciles formas.

Y pensó con dolor y nostalgia que los antiguos revelaron una alma piadosa y delicada al quemar á sus muertos... El fuego es un elemento purificador. La llama que convierte en sagrada ceniza la materia humana, lleva en sí un espíritu benévolo y destructor de toda la efímera miseria de la tierra. El fuego es hermoso y es puro. El disputa al torpe gusano la total posesión de los miembros yacentes. Y tiene también el goce de una terrible voluptuosidad cuando sus lenguas de oro súlgido lamen vo l más secretos encantos de las castas hermosur inanimadas...

Eulalia se estremeció ante esa idea que la hacía entrever la acre delicia de una e - voluptuosidad póstuma...

Pero no. No era posible. Su cadáver se descompondría lastimosamente entre las húmedas paredes de su cárcel eterna.

Haciendo un esfuerzo inaudito se retiró de la ventana, dirigiéndose hacia su alcoba. Tomó, sin temblar, de la mesa de noche, el pomito azulado, y vertió su contenido en una copa de agua, que apuró en seguida.

Después apagó la lámpara. Y trágica,—bajo la obsesión de una influencia fatal—se desnudó y se metió en el lecho, silenciosamente.

IV

Daba el reloj del salón las once en el momento en que Fernando entraba en el dormitorio. Acostóse sin encender luz, según su costumbre, para no despertar á su mujer. Ella, como en un vago ensueño, lo sintió respirar cerca de su cabeza; luego le pareció que caía de una inmensa altura; después, nada...

La noche transcurría en el silencio. El joven se agitaba de un lado á otro, sin poder dormir. Una inquietud insólita—que en vano procuraba explicarse—se había apoderado de su espíritu. Comprendía confusamente que algo terrible pasaba á su alrededor. Pero atribuía aquella vaga impresión al estado especial de su ánimo. El tic-tac monótono del reloj llegaba hasta él, haciéndole desesperar de impaciencia. Dos veces había llamado á Eulalia en voz baja, sin obtener respuesta. Quizá ella tampoco dormía y guardaba silencio, profundamente resentida por su indiferencia, por sus continuos hastíos y por su infidelidades...

Dominando el malestar físico del insomnio, su pensamiento, implacable, le mostró todas las fases de su vida, con su cortejo de malas acciones. ¡Inmóvil! en medio de las tinieblas, él meditó mucho tiempo... La mayor de sus faltas era su conducta ruin para con la pobre Eulali. Ell , er mosa y buena como ninguna, apasi y triste, poseedora de un espíritu fino y exquisito y de una singular imaginación, veíase ahora olvidada, casi despreciada por él. Y sufría sin quejar-

se, noblemente, sin exteriorizar su pena con palabras banales...

Un remordimiento cruel, agudo como un puñal, atravesó rápidamente su corazón y sus ojos se humedecieron... No! El no era malo! No lo había sido nunca. Sus veleidades eran inconscientes y sus hastíos producto de su idiosincracia y de la rara intensidad de sus emociones. A Eulalia la adoró locamente; la amaba aún, nunca dejó de amarla. Cediendo en mala hora á un miserable capricho, pudo engañarla con aquella infeliz mujer que lloraba arrepentida su deshonra...

Pero jamás volvería á caer en esas criminales debilidades. En adelante se consagraría por entero y para siempre á hacer la felicidad de aquella hermosa y triste criatura que lo quiso desde niña... Ya la haría olvidar los días oscuros de otro tiempo...

V

La noche avanzaba, lenta y misteriosa. Fernando se revolvió en el lecho, víctima de una angustia sofocante. ¿Qué le pasaba? ¿De dónde pr ven a aquel misterioso espanto de su espíritu? Su inquietud aumentaba por momentos y la noche no tenía fin...

El reloj dió las cinco. Sin poderse contener más, el joven procuró despertar á Eulalia. Se inclinó hacia ella y le dijo muchas cosas dulces, le habló largo tiempo de su amor y de sus recuerdos, le hizo mil tiernas promesas para el porvenir. Eulalia continuaba silenciosa... Entonces él, creyéndola despierta, y para vencer su última resistencia, la tomó apasionadamente en sus brazos; y atrayendo su cabeza, la besó en la boca; pero casi al mismo tiempo saltó de la cama, dando un grito. Los labios, los brazos, todo el cuerpo de la joven, estaban fríos:—toda ella estaba fría, como si fuera de nieve. Dominado por un terror sobrehumano, encendió la lámpara, y vió á Eulalia palidísima, extrañamente bella por la vez última, con la boca contraída por una sonrisa de ironía dolorosa y con los claros ojos abiertos y llenos de frías lágrimas...

FROILAN TURCIOS

Nocturne

A veces, cuando en alta noche tranquila, sobre las teclas vuela tu mano blanca, como una mariposa sobre una lila y al teclado sonoro notas arranca, cruzando del espacio la negra sombra filtran por la ventana rayos de luna, que trazan luces largas sobre la alfombra; y en alas de las notas, á otros lugares vuelan mis pensamientos, cruzan los mares, y en gótico castillo donde en las piedras musgosas por los siglos, crecen las hiedras, puestos de codos ambos en la ventana miramos en la sombra morir el día y subir de los valles la noche umbría, y soy tu paje rubio, mi castellana, y cuando en los espacios la noche cierra, el fuego de tu estancia ¡ mu ¡ dor , y los dos nos miramos y nr im mientras que el viento afuera suspira y llora!

¡Cómo tendéis las a cuando sobre las teclas vuelan sus manos!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Grupo de muchachas

UNAS llenaban calandras, otras lavaban telas, otras venían del extremo de un sendero suavemente ondulado, los pies desnudos, el cántaro de arcilla en equilibrio sobre lo alto de la frente. Varias ocasiones, en Córcega, he admirado este último movimiento, el más bello, puesto que pone en valor las cualidades de un cuerpo joven, no sólo en su forma sino en su gracia. El pecho se llena y se modela como un vaso, se abre como una flor. El cuello reposa, la espalda se amplía nerviosamente; más grave y flexible, mesurada con inapreciable sabiduría, la marcha se desenvuelve en el espíritu como una música. La columna viviente se desplaza, se desliza, se mueve sin interrumpirse con una brusca sacudida, ni sufrir la más ligera quebradura; uniéndose a la superficie delicada de la tierra, se compone con todos los menores relieves, semejante al tallo de una bella planta libre, que se mueve sobre el suelo sin alterar sus líneas. Una infinita multitud de breves pausas hace insensibles sus movimientos, y no se tiene conciencia sino de la inefable sucesión, armonía continua que deja su curva en el aire. ¡Qué nobleza adquieren entonces los más groseros vestidos! Estoy persuadido de que los pliegues divinos de las antiguas esculturas, no hubieran sido posibles sin la costumbre de llevar el ánfora en la cabeza y caminar con los pies desnudos.

CARLOS MAURRAS

El arrecife de coral

(Traducción de Leopoldo Díaz)

El sol bajo las aguas del mar, como una aurora ilumina las florestas de corales ramosos, que mezcla entre sus grutas y huecos misteriosos la bestia formidable con la viviente flora.

Todo lo que las sales ó que el iodo colora, equinos, alga, anémonas y musgos temblorosos, cubre de obscura púrpura con dibujos suntuosos el fondo que la pálida madrepora decora.

Con su espléndida escama, que visten de celajes purpúreos los reflejos, por entre los ramajes con lánguida indolencia navega un gran pescado;

De pronto hace, en un golpe de su encendida (espalda, por el cristal inmóvil, sombrío y azulado, correr un temblor de oro, de nácar y esmeralda.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

La figura de Jesús (*)

HA aparecido en nuestros días un hombre de gran virtud, llamado Jesús Christus, que vive aún entre nosotros y que es conocido entre los gentiles como verdadero Profeta; pero sus propios discípulos le llaman el Hijo de Dios. Resucita los muertos y cura toda clase de enfermedades. Es un hombre de estatura algo alta y hermosa y de semblante muy venerable, tal que el que lo mira, puede amarle y temerle. Los cabellos son de color de castañas muy maduras, lisos hasta las orejas, más abajo son más brillantes y rizados y flotantes alrededor de sus espaldas. En el medio de la cabeza tiene una línea ó partición en los cabellos, según la moda de Nazaret. La frente lisa y muy pura; la fisonomía no tiene ni mancha ni arruga y es hermoseaada de un delicado encarnado; la nariz y la boca son de tal modo formadas, que nada puede tacharse; la barba poco poblada y de color parecido á los cabellos, no muy larga, pero rizada; el aspecto inocente y serio; los ojos grises, claros y vivos. Cuando reprende, inspira miedo; cuando amonesta es cortés y elocuente; agradable en la conversación, que al mismo tiempo es grave. Nadie recuerda que haya alguien que le haya visto reír; pero muchos le han visto llorar. En las proporciones del cuerpo, extraordinario; sus manos y brazos son perfectos. En su hablar muy templado, modesto y sabio. Es un hombre superior, por su singular belleza, á los hijos de los hombres.

PUBLIO LENTULO

(*) Siendo la costumbre de los Gobernadores romanos, en tiempos de Tiberio César, el advertir al Senado y al pueblo las cosas importantes que ocurrieran en sus provincias, Publio Lentulo escribió al Senado la carta siguiente, relativa á Nuestro Señor.—FELIPE TEJERA.

Azul y negro

Para la REVISTA NUEVA.

Azul la blusa, la enagua negra,
Negro el sombrero.... Cuán bella está!
Todo lo encanta, todo lo alegra,
Con su sonrisa por donde va.

Derechos Reservados

Su porte regio los ojos turba,
Turba los ojos y el corazón,
Porque en su cuerpo canta la curva
El himno ardiente de la pasión.

Sobre su frente morena y pálida
Es su cabello noche sin luz,
Y hay en sus ojos la lumbre cálida
Del esplendente cielo andaluz.

Su boca es fresca, flor purpurina;
Su talle esbelto, breve su pie,
Y al ver su garbo cuando camina
Provoca á todos decir: "¡OÍE!"

De azul y negro.... Mirad cuán bella!
Fasa y se aleja.... Y en loco afán
Todos los ojos se van tras ella,
Todas las almas tras ella van!

Bajo el rosál

La ví sentada de perfil
Bajo el ramaje del rosál.
Parecía blanca, lilial,
Como una estatua de marfil.

Con murmurio lento y sutil
La arrullaba el claro raudal....
Era una sonrisa de abril
Bajo el ramaje del rosál.

Blonda princesa medioeval
Píngi mirar, ó de las *Mil*
Y una *Noches* hada oriental,
Cuando á la sombra del rosál
La ví sentada de perfil.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

La flauta encantada

HASTA la aparición de esta obra no existía ni aun la sombra de una ópera alemana: con ella, sin duda, fué creada. El autor del libreto, director gerente de un teatro de Viena, no tenía otras pretensiones que las de hacer una gran opereta. Esto era suficiente ya para asegurar á la obra el apoyo del favor popular. El fondo del asunto se reducía á la exposición de un cuento fantástico, mezclado con escenas de magia y apariciones maravillosas, á las que se había añadido una buena dosis de recursos cómicos que debían contribuir al éxito y fortuna de la obra.

¡Cuántas maravillas supo sacar Mozart de este conjunto extravagante y extraño! ¡Qué divino encanto se exhala de esta obra, donde se admira desde el *lied* más popular hasta el himno más exaltado! ¡Qué variedad, qué de-

licadeza! La quinta esencia de los más nobles perfumes parece concentrada y condensada aquí en una flor única. En cada melodía, la cadencia popular, fácil y noble á la vez, se manifiesta desde el modo más sencillo hasta el más vehemente.

En realidad, el genio dió en esta ocasión un paso más que gigantesco, creando de una vez la ópera alemana, y presentando al mismo tiempo el tipo más completo, el modelo más acabado, hasta tal punto, que, además de no ser igualado, no quedaba progreso alguno que hacer en este género.

RICARDO WAGNER

El jardinero

Me gusta ver el viejo que cultiva
Las flores de este sitio de recreo,
El hombre extraño, de perfil hebreo,
Y con mirada de águila cautiva,

Que siempre que la fija pensativa
En la tierra que mueve por empleo,
Más que de rosas, cuidador lo creo
Del odio de su raza vengativa.

Me gusta contemplar esa grandeza
Del hombre maldecido en la pobreza,
La herencia del delito mal borrada,

El rastro de la hiel que lleva mudo,
Como bote de lanza en un escudo,
Como herrumbre de sangre en una espada!

A. LAMBERTI

Mæterlinck

MÆTERLINCK!

Es el poeta del silencio. Es el poeta silencioso y visionario cuyos ensueños son como asfodelos que crecen en una selva oscura. Acercá.s. Allá, muy lejos, muy lejos, del otro lado de la montaña, suenan y se quejan las campanas vespertinas. Aquí, junto al lago que duerme, álzase el castillo poblado de nobles sombras, de fantasmas sonrientes, de melancólicos aparecidos. ¡Oh! No tembléis. Son seres dulces, inofensivos, que resbalan por la existencia tratando de hacer el menor ruido posible. A primera vista, casi parecen muertos. En realidad gozan de una vida intensa. Son almas. Son almas que

Derechos Reservados

aman, que sufren, que viven cual miniaturas en un misal. Son almas monótonas, pobres almas balbuceantes, pápidas almas que temen el ruido, la luz, la violencia y que desconocen la alegría. La alegría he dicho, y no el goce. Amándose, en efecto, sin grandes frases y sin pomposos gestos, experimentan inefables éxtasis. Saben saborear el gusto amargo de las caricias, de los besos, de los espasmos. Lo que no saben es reír. Lo que ignoran es el don de las voces elevadas. Preguntadles por qué, y os contestaran: "Porque estamos seguros de que todo lo exterior, todo lo luminoso, todo lo brillante, todo lo sonoro, es juego de niños bárbaros. El arte supremo está en callar." Esto os dirán. Y si os burláis de ellos hacéis mal. La naturaleza del silencio es tan variada como expresiva. Hay personas que, sin verse y sin oírse, juntos en la obscuridad, callan de un modo hostil. Hay amantes que, después de dirigirse muchas necedades con la palabra, se expresan, callando, divinas dulzuras de amor. ¡Qué diferencia entre el silencio de una virgen y el de una cortesana! ¡Qué abismo tan profundo separa el callar del poeta del callar del imbécil!... Porque callar no es dejar de decir algo. No. Es dejar expresarse al espíritu sólo, según Maeterlinck.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

Simbólo

De excelsa lumbre la conciencia llene
La voz del poeta que á luchar invita;
Sea como una llama que se irrita,
Y como el rayo resplandezca y truene.
¿Qué le importa la mofa, cuando viene
Del ruin tumulto que á sus pies se agita?
La turba, como es turba, ¡siempre grita!
No se debe callar porque condene.
Hay que cumplir lo que mandó el Destino:
Hay que marchar sobre la tierra ruda
Segando las ortigas del camino.
Hay que echar en los surcos las simientes;
Y con la espada bíblica desnuda
Decapitar de un golpe las serpientes!

*

Arroje el verso sobre el antro impuro,
Y estalle como bóvido en su caída;
Fecunde el germen de la nueva vida
Sobre el estuario del pasado oscuro.
Convierta su palabra en un conjuro
Que anime la razón adormecida:
El poeta debe, con la frente erguida,

A recios golpes derribar el muro,
Ser estrella, ser sol, incendio ó llama;
Alzarse en medio del vapor que sube
Y en mortíferas sombras se derrama;
Y cuando llegue á lo alto la marea,
Romper su nimbo y destrozar la nube
Con la saeta de fuego de la idea!

JERÓNIMO J. REINA

Los grandes joyeros de París

I

Lalique

Lo único que sirve á Lalique como motivos decorativos son los aspectos variados de la naturaleza. He aquí dos cadenas de reloj, una de ramas de pino, otra de crisantemos, ambas de una sencillez que desafía á la de todos los modelos clásicos conocidos. Otras de sus joyas ostentan perlas raras, perlas grises, rosadas, azules, de magnífico oriente todas y como bañadas en claro de luna, en reflejos de mar. Una de sus obras maestras es un peine de Sarah Bernhardt —un simple peine. ¡Y sus pavos reales irisados de zafiros, de diamantes! Y sus dragones que se crispan, convulsivos, haciendo destacarse el brillo de sus escamas sobre el azul del esmalte!

JEAN LORRAIN

II

Boueheron

Diademas de inmensas esmeraldas en forma de pera, recuerdos que parecen evocados en la Malmaison, ante un retrato de la emperatriz Josefina; collares milagrosos de ópalo de Australia, redondos y como incendiados por reflejos ocultos; zafiros unidos entre sí por nudos de diamantes, para formar lacios collares que van á ondular sobre los pechos femeninos, constelando de llamas azules la blanca carne; guirnaldas de fabulosas perlas, de perlas centenarias; diademas de leyenda, hechas de diamantes tallados de tal modo, que parecen gotas de agua; collares para perros que veremos en el cuello de extravagantes marquesas y sobre cuyo cuero los rubíes y los diamantes trazan nombres—una orgía de pedrerías y de engarces, en los cuales la sencillez triunfa, una sencillez extraña, es cierto, pero inspirada en las rarezas mismas de la naturaleza.

RAITIF DE LA BRETONNE

De la meditación de la muerte

Muy presto habrá todo concluido para tí;
mira, pues, cómo vives: hoy existe el hombre,
y mañana desaparece.

Y en quitándolo de la vista, presto se borra también de la memoria.

¡Oh estupidez y dureza del corazón humano, que sólo atiende á lo presente, sin curarse de lo venidero!

De tal modo debieras conducirte en todos los pensamientos y acciones, cual si hoy hubieses de morir.

Si tuvieses buena conciencia, no tenerias mucho la muerte.

¡Ojalá hubiéramos vivido siquiera un día bien en este mundo!

Si es pavoroso el morir, tal vez sea más peligroso el vivir mucho. Si alguna vez viste morir á un hombre, piensa que tú también pasarás por el mismo camino.

No confíes en amigos y allegados, ni difieras para lo venidero el cuidado de tu salvación, porque serás olvidado de los hombres más pronto de lo que piensas.

Mejor es ahora con tiempo prevenirte, y enviar adelante algunas obras buenas, que esperar en el auxilio de otros.

Trabaja, querido hermano, trabaja ahora cuanto puedas, porque no sabes cuándo morirás, ni lo que será de tí después de la muerte.

Mientras tienes tiempo, atesora riquezas inmortales.

TOMÁS DE KEMPIS

La Vendetta

La pasión de la venganza que tanto tiempo poseyó á la Córcega, fué no sólo la fatalidad de su historia, sino también el instinto de su carácter. Es preciso acusar de ella á la tiranía de los genoveses, que trató á la isla conquistada como un bajel tomado al abordaje, y la gobernó por medio del rescate y de la expoliación. Durante la dominación genovesa no hubo justicia pública para la Córcega, y la justicia pública que se le rehusaba, la pidió á su fusil. La sangre derramada sobre su tierra todavía virgen y semi-salvaje, fué de espantosa fecundidad, é hizo salir las represalias á millares. Cada bala provoca mil; cada tumba se convierte en un almacén, detrás de la que se embosca un nuevo bandido. El hombre asesinado mata á su vez por la mano de su hijo, de su hermano ó de su amigo; la familia de los muertos hereda sus querellas; el pueblo hacía suya la causa de la familia y se armaba contra sus enemigos; las venganzas se

aliaban, se transmitían, se cruzaban y daban á luz posteridades de homicidas. De aquí nació una red de enemistades apesadoras que cubrió muy pronto la isla entera. LA VENDETTA tuvo su árbol genealógico. Manzanillo mortal, metido en el corazón de la Córcega, cuyas raíces se enlazaron con las fibras mismas de su suelo.

De aquí nació también la costumbre trágica de la muerte, que hacían intervenir en todas las escenas de la vida. Como tabla de cobre de las leyes de Dracon, las menores faltas de la Córcega tenían la muerte por sanción y por castigo. Por el robo de un gallo se refiere que se mataron casi todos los habitantes de un pueblo. Hasta el amor amenazaba en vez de suplicar. Las serenatas de los tiempos antiguos de la isla son tan violentas como los VOCERI. No se toca en ellas la guitarra á las jóvenes; toque fúnebre se hace sonar en ellas, y allí se canta su DE PROFUNDIS. La pasión aparece en esa isla como un frenesí, la belleza como una víctima entregada al sacrificio. El amante injuria á su amada y le pide su corazón ó su vida. El amor no es el pastor galante que suspira debajo de los balcones de las Lucindés; es un bandido que vocifera con la escopeta en la mano:—"El que se case contigo—; oh graciosa deidad!—no cuente vivir...—Te quiero, divinidad querida—muerta, si no te puedo poseer viva."

E ti vogliuo cara diva,
Morta, se non posso viva.

Se prohíbe, bajo pena de muerte, cortejar á la misma mujer que galantean esos feroces pretendientes: "Quiero hacer pedazos la lengua de esos galanes, —y dársela á los perros... —Convertir el techo y la casa en fuego y humo!—que toda la familia lllore su ruina.—Si por azar me mezclo en esto—nadie caminará tranquilamente.—Si tomo ese partido—no saigas de tu casa.—¿No oyes á todo el mundo decir —por todo el país: —El amante de Beatriz intentará cosas nunca oídas?—Hará desde la mañana hasta la noche—oír gritos y sonar campanas."

Esas espantosas serenatas pudiéranse cantar en la misa de los muertos.—"Oye bien lo que te digo:—el que pretenda casarse contigo, dese por muerto.—Te aconsejo, pues, que te arrepientas pronto—ó que te prepares para tus funerales."

PAUL DE SAINT VICTOR

Ave María

¡Ave María! ¡Llena de gracia!
Tiene tres lustros, ojos de antilope,
mirada de astro, sonrisa de ángel,
boca de perlas y de rubíes.

Tez de durazno que incita al diente
con sus pelusas y sus carmines,
barba de hoyuclos, crenchas de oro,
frente de musa, cuello de cisue.

Pechos de estatua que el tui descubre,
altos, redondos, blancos y firmes;

una belleza pagana y prócer,
y en ella el lampo de una alma virgen.

Los que se arrastran no te conocen;
eres estrella, no ames reptiles,
que la hermosura, florón glorioso,
triumfal corona, botón sublime,
debe ser lauro de la grandeza,
llámese genio, virtud ó crimen!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Mi pesadilla

DESDE que admitieron á aquel niño en el servicio de la redacción, me fué profundamente antipático. Su figura grotesca me hacía daño: la cabeza abultada, los pies deformes, las piernas en paréntesis, los brazos largos, muy largos, como si acabara de ponerse en dos pies después de usar muchos años de las cuatro extremidades, me producían el efecto de un mozo hecho hombre para escarnio de la raza y para tortura mía, especialmente.

De nariz tenía la precisa para el servicio sucio á que está destinada, y no lo bastante para presumir; la boca mellada y encogida, parecía hecha con tjeras, y los ojos....; ah! los ojos incubaron en mi alma el torpe afán del crimen.

Nunca supe de su color, y hasta juraría que lo cambiaba exprofeso para atormentarme; sólo recuerdo que entre las hendiduras de sus párpados carnosos se notaba como una ascua muy viva, que ya giraba diabólicamente, ya se apagaba de improviso, coincidiendo tan extraña mudanza con la forma en que cumplía mis encargos.

No pude más. La obsesión de saber qué había dentro de aquella cabeza de cuadrumano llegó al paroxismo, y cierta noche, después de tomar mi ajenjo, le llamé, y cuando entraba, como todos los días, con su "portaviandas" para la comida de los redactores, le asesté el golpe y rei de ver bailar por última vez los malditos ojos de diablo.

¡Horrible desilusión! El mono me miraba como nunca; las ascuillas que brillaban insolentes me desafiaban, se burlaban de mi ira, excitaban mi pasión de venganza.

Entre mis manos sentía yo el bullir de puchero de la cabeza miserable; ésta, pensé, es la máquina que mueve al odioso muñeco, y loco, la abrí pasmado de tan larga cuerda.

La maquinilla deshecha, ya no me atormentaba; pero los ojos, los malditos ojos, seguían guiñando sin descanso, burlones y amenazadores á un tiempo.

Allí quedó. Vencido y confuso enterré los cuatro huesos que componían el escrúpulo de hombre. No tuve mucho que trabajar: en el espacio de seis losas dejé perfectamente "acomodado" el residuo de mi venganza y le enterré con tartera y todo, recordando que mis mayores sufrimientos me los había causado al traerme la

miseria comida del bodegón, siempre minorada por su gula insaciable.

¡Ah, "mico" odiado! Engáñame ahora, desafiame con tu mirada de zorra hambrienta, silba por la comisura de tu boca de bruja, escucha mis conversaciones con tus orejas de murciélago, turba mis siestas con el desahogo ruidoso de tu nariz de gato!

¡Con qué tranquilidad he de cenar, no baboscando tí mi postre, no chupando de mi vino, no riéndote de mis digestiones!

Pasaron días. Ni sé cuántos, ni me importa, ni el ajenjo me permite contarlos. Sólo sé que comí, que dormí, que trabajé tranquilo y que debieron ser pocos, muy pocos, tan breves y escasos como son en la vida los momentos felices.

Una mañana aporrearon mi puerta, y unos señores mal afeitados, sucios y de gesto repulsivo invadieron la habitación. Eran los representantes del juzgado, que venían á denunciar el último número de mi periódico y á recoger la tirada.

Tampoco recuerdo á quién se había faltado, ni me explico semejante atropello. Les recibí todo lo afectuoso que mi despertar permitía, les entregué los originales, se hicieron cargo del papel, quisieron registrar la casa, hambrientos sin duda de botín, y allá fuimos, al olvidado rincón del sotabanco....

No pude franquear aquella puerta; del interior venía un ruido extraño que me helaba la sangre. Rota la cerradura, penetraron todos, y allí estaba, allí, de pie, con las tarteras en la mano, bailando espantosa danza, el desmembrado esqueleto de mi víctima.

Reía como nunca, con aquellos ojos incoloros, asomándose por los enormes agujeros de la deforme calavera, y marcando con el sonar de sus huesos, en la macabra agitación, el rítmico compás de un canto de triunfo.

Como comprenden mis lectores, todo esto no pasa de ser un efecto del "Kirsh" y de la mala digestión de una lectura terrorífica.

Yo ¡lo juro! soy incapaz de matar una mosca.

EDGARDO POE

La luna

Leve bruma de plata descendía del triste ocaso de color de hielo, cual un sudario de profundo duelo sobre el cadáver pálido del día.

Vagué en la noche misteriosa y fría, dejando á mi alma remontar su vuelo por la serena bóveda del cielo, colmada de fulgente pedrería.

Tras la curva de un monte, legendaria surgió la luna, trágica, cubierta de una intensa blancura funeraria.

La ví errar espectral. Su lumbré incierta se apagó entre la niebla visionaria...

Y soñé el poema de la luna muerta.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

Las revistas chilenas.—

PLUMA Y LÁPIZ y LA ILUSTRACIÓN reproducen, respectivamente, nuestros trabajos intitulados *Párrafos* (prosa) y *Duerme!* (soneto).

La Risa.—

—Aprende á reir por encima de todo. Eleva tu corazón, buen bailarín, alto, más alto. Y no olvides el buen reir. La corona del que ríe, la corona de risas, es para tí, hermano mío. Yo arrijo esta corona. He cano-nizado la risa. Hombre superior, aprende, pues, aprende á reir.—*Federico Nietzsche*.

—Reir es innoble. Reimos ante Polichinela que apatea al comisario; reimos cuando hay una víctima; reimos cada vez que la bestia triunfa, cada vez que el malo engaña al bueno. Reir es propio de malvados.—*Paul Adam*.

—La broma es el peor defecto de nuestro genio nacional —*Paul Bourget*.

—Nada es tan humillante como la reputación de hacer reir que tuvimos en el mundo.—*Alexandre Hepp*.

—En nuestra época, la *blague*, Circe que nos ha trocado en puercos, no sólo es la reina del mundo, sino también la fuente en que los espíritus se emborrachan.—*Barbey*.

—A mí me dan sueño ó me entristecen (los autores cómicos).—*Rochilde*.

Pensamientos.—

—No se puede tener mayor señoría que la de sí mismo.

—Y si estás solo, serás todo tuyo.

—Grandísima gracia de sombra y de luz se une á los rostros de aquellos que permanecen en las puertas de las habitaciones que están a oscuras.

—Donde hay más sentimiento, allí hay más martirios.

LEONARDO DE VINCI

Hermanas de poetas.—

A los noventa y nueve años ha muerto madama Embden, la hermana de Enrique Heine. Había nacido con un año de diferencia; pero Heine murió á la edad de cincuenta y cinco, y su hermana ha llegado al fin del siglo pasado para gozar con la gloria del poeta del *Intermezzo*.

Con este motivo, un cronista francés recuerda que muchos poetas han cruzado la vida bajo la tierna influencia de una hermana, que ha miti-

gado sus dolores con las dulzuras y los sacrificios de su corazón femenino.

Se ha dicho que las mujeres de los grandes hombres son desgraciadas. Madama Carlyle, lady Byron, madama de Chateaubriand y tantas otras.

—Siento el vacío de la vida—le decía Chateaubriand á Beranger.

—Eso es porque nunca habéis amado—contestaba el poeta de las canciones.

—¡Verdad, verdad!—dijo madama Chateaubriand,—que al entrar había oído sus palabras.

Y sin embargo, Chateaubriand había amado mucho á sus hermanas. Ellas le casaron con su amiga madama de Lavigne. De su hermana Lucila decía el gran poeta:—

“Una estrecha conformidad de caracteres y de gustos me une con mi hermana. Tiene alguna más edad que yo. Nos place recorrer el bosque cuando las hojas caen, y bogar sobre el lago y emprender largos paseos cuyo recuerdo llena mi alma de delicias.”

Lamartine hizo más de una vez el retrato de sus cinco hermanas, cinco figuras encantadoras que rodearon de ternura la infancia y la juventud del poeta.

Acaso las deba los aspectos tan delicados y tan espirituales de su noble genio. Una sobrina suya, madama Valentina de Lamartine, veló por la memoria del grande hombre durante los años de injusticia.

La hermana de Balzac, Laura, fué la primera amiga y la primera confidente del gran novelista. Desde la infancia advinó su genio y creyó en él cuando todos dudaban. El afecto, la confianza y el entusiasmo de su hermana le acompañaron toda la vida.

Pensando en ella creó aquella hermosa figura de mujer abnegada. Eva Chardon, la hermana de Rubempré Balzac, en sus cartas, la llama “Alma sora.” Era un crítico seguro y perspicaz, cuyos consejos le sirvieron de mucho.

Casada con M. de Souville, no se interrumpió en más de treinta años la unión espiritual entre hermano y hermana. La escribía todas sus penas, como más tarde á sus amigas madama Berny, madama Carraway y madama Hauska, que había de ser su mujer.

Musset tenía muchas confidentes para que necesitara contar sus penas á su hermana. Se confesaba con la princesa de Belgiojoso ó con madama Boubert. Sin embargo, su hermana, madama Lardin de Musset, guardó de él piadosa memoria.

Al lado de Benjamín Constant hizo el papel de hermana su prima hermana Rosalia.

Un hermoso tipo de hermana de poeta es Eugenia Guerin, cuyo hermano, Mauricio de Guerin, fué el amigo de la juventud de Barbey d' Aurevilly, y murió á los treinta años. Sainte-Beuve se enamoró de ella por el “diario” y las “cartas” que escribía á su hermano. Y no fué el único que admiró su alma noble y fuerte.

Entre estas mujeres que han dulcificado los días amargos de los hombres de genio y de talento, hay que contar, entre las que viven, á Mlle. Deroulède y á Mlle. Annette Copée, como modelos de cariño fraternal.”